

# GIUSEPPE GIANGRANDE (1926-2013)

*In memoriam* Giuseppe Giangrande

Era, si no obligado, sí muy oportuno, que *Veleia* dedicase, desafortunadamente con ocasión de su fallecimiento, el 12 de junio, un pequeño homenaje al Profesor Giuseppe Giangrande. Durante años este formó parte, por amable propuesta de Milagros Quijada, de su Consejo Asesor. Y *Veleia* fue para él durante años una revista acogedora de sus trabajos, como tantas otras dependientes de universidades españolas. Y este hecho no es irrelevante por razones que luego especificaremos.

Hoy, en un tiempo en el que para cualquier consulta lo más natural es acudir a esa vasta enciclopedia que es internet, en sus buscadores apenas podemos encontrar datos sobre un hombre tan eminente como lo fue en el terreno de la investigación filológica el profesor Giangrande. Incluso si rastreamos artículos suyos en este medio, el hallazgo no hay duda de que depende mucho más del soporte bibliográfico en que tuvieron acogida que de su voluntad. Y la razón está con toda evidencia en que fue una de esas personas reacias a las nuevas tecnologías de las que encontramos todavía casos en el mundo universitario, y, como consecuencia, su figura y su *curriculum* apenas están recogidos en esa gran memoria universal. Alegaba que los presupuestos académicos de la Universidad de Londres no daban para esos lujos, ni siquiera para comprarse un ordenador. Pero en realidad el motivo principal siempre sospeché que era una gran indiferencia hacia unos determinados y siempre cambiantes medios técnicos. Así que ni se planteaba la cuestión de sus ventajas o supuestos inconvenientes. Esto con los años produjo lógicas consecuencias para sus publicaciones, al hacerlo depender con creciente frecuencia de la amabilidad ajena mucho más que de la calidad de sus trabajos. Y de ahí también que, cuando hemos querido conocer o corroborar datos de su biografía, hayamos tenido que recurrir a la memoria propia o a los recuerdos y la documentación de personas que tuvieron con él una relación más estrecha que la nuestra. En concreto, y así expresamos de paso nuestro agradecimiento, al Profesor de la Universidad de Oviedo Luis Alfonso Llera Fueyo y a la discípula más fiel del maestro, Heather White. Y, por otra parte, hemos creído oportuno que en esta necrológica, redactada por quien fue uno de sus amigos o al menos lo trató en ciertos momentos como tal en varias de sus muchas visitas a España, nos permitamos deslizar algunas opiniones y vivencias personales.

Pero esa actitud ante los progresos técnicos, como un rasgo no aislado, iba en paralelo con su propia metodología en la expresión de sus posiciones científicas. La dependencia todavía de una máquina de escribir y del papel de calco, con todas sus desventajas, me atrevo a decir que era coherente, por ejemplo, con sus hábitos en el modo de citar, más decimonónicos que actuales. Y, así, más de una vez entre las intromisiones, siempre consentidas por él desde luego, que en la redacción de *Habis* tuvimos que practicar en sus originales estuvo la de completar las citas bibliográficas. Y debo decir que durante bastantes años me cuidé personalmente de escanear sus artículos mecanografiados y revisarlos detenidamente, adecuándolos a la normativa de la revista, así como, casi siempre, corregir las pruebas. Pues no hace falta añadir que era muy reacio respecto a cuestiones tan concretas y, a la vez, crecientemente usuales, como las variables reglas de presentación de originales, la dependencia también de informes y demás complicaciones. Lo que me lleva a añadir que, como



hacía sin falta desde 1989, también había prometido un nuevo trabajo para el número de 2013, por lo que su retraso fue para el equipo directivo el primer síntoma de que al maestro le sucedía algo que luego se confirmó como una grave enfermedad y su muerte. Que siguió trabajando hasta muy cerca de éstas lo sabemos, tal como cada día ya en edad muy avanzada, tomaba el autobús para dirigirse a Londres desde Little Hadham, donde residía desde 1966. Su físico, de hombre alto y robusto, permitía albergar, como en otros casos, la ilusión de una salud perdurable, por lo que la noticia de su fallecimiento fue para muchos de sus amigos una penosa sorpresa.

Podemos hablar, pues, de ciertos anacronismos en torno a su conducta, no tanto, por supuesto, como estudioso como en sus costumbres. Pero, si queremos hilar fino, no podemos olvidar que como investigador se aplicaba a un ejercicio, o, si se quiere, un lujo hoy, en estos tiempos de máxima especialización, ya cada vez menos frecuente: el de moverse indistintamente, como buen conocedor, en las lenguas y en las literaturas griega y latina. E igualmente en todos los géneros y épocas, ya en prosa, ya, sobre todo, en verso. Una dedicación, tan humanística, que supo inculcar a alguno que otro de sus más cercanos discípulos, pero que contribuyó, entre otros rasgos personales, a consagrarlo en cierto modo como un individuo un tanto excepcional.

Nacido en 1926 en Savona, pero en el seno de una familia vinculada a Roccasecca, en el Lazio, una población de menos de ocho mil habitantes que fuera en tiempos feudo de los condes de Aquino y patria del célebre teólogo, sus cenizas han sido trasladadas ya a este segundo lugar, para ser depositadas en el panteón familiar. Estudió en la Scuola Normale Superiore de Pisa entre 1945 y 1950, donde se graduó e inició también en la enseñanza, ya como profesor asistente en Filología Clásica,

hasta el año 1955. Su Tesis Doctoral trató de un tema que, más allá de su interés propio, sobre todo permitía, como en tantos otros casos de estudiosos, prever sus orientaciones posteriores: una edición de las *Vitae Sophistarum* de Eunapio (impresa en 1956). Giorgio Pasquali, a quien está dedicada esta edición, fue su reconocido maestro y de él se derivan sin duda en buena parte su personal visión de la tarea del editor y del crítico así como la atracción que ejercerían sobre él permanentemente los textos. Y bien sabemos que Pasquali, con el provecho sacado a las posiciones de Joseph Bédier, rectificó muy positivamente las rigideces mecánicas del método de Lachmann. En cuanto a la edición de las *Vitae*, ofrece una erudita y extensa *praefatio* en latín y en ella se agradecen las ayudas de tan conocidos eruditos como A. Mancini, E. Cazzaniga, N. Terzaghi y A. Colonna, cuyos nombres revelan el nivel de la filología clásica italiana en esos años. Todavía recientemente, en 2007, en su edición de la misma obra de Eunapio, M. Civiletti juzgó la previa de Giangrande como de obligada referencia. Y prueba de la laboriosidad del entonces joven filólogo es que, por los años en que elaboraba esta edición tan trabajosa, dada la extremadamente viciada transmisión de esta obra, entre 1953 y 1958 publicó ocho artículos sobre cuestiones críticas del mismo texto.

La muerte de Pasquali en 1952 dejó a Giangrande sin su principal valedor académico en Italia. Posiblemente por ello, como también por su matrimonio con una británica (Beryl) y su dominio del inglés, se trasladó a Inglaterra, donde, en 1955, obtuvo el PhD in Classics con un estudio sobre Nono de Panópolis (no editado) y pasó a figurar como Fellow y Lecturer in Classics en el King's College de Cambridge. En 1963 es ya Reader y, posteriormente, Professor in Classics en la Universidad de Londres, durante un tiempo y hasta 1989 en el Birkbeck College y más tarde, hasta su jubilación en 1992, en el King's College. Y todavía entre 1993 y 1995 ejerció como profesor de lengua y literatura griegas en la Universidad de Sassari, en Cerdeña, en uno de sus intentos por lograr la creación de un centro de estudios helénicos en alguna universidad italiana o, en su defecto, hasta en Grecia. Las razones de esta aventura estaban en que durante mucho tiempo, seguramente después de su traslado, en Londres, del Birkbeck al King's College, fue muy consciente de las dificultades con que podía toparse en un país que no era el suyo y sobre todo entre filólogos anglosajones para el mantenimiento o la creación de un centro para el estudio de las literaturas antiguas acorde con su metodología, como un seminario permanente y sujeto a sus directrices personales, por lo que intentó más de una vez, incluso arrancando de la nada, llevar el ámbito de sus actividades a algún lugar donde se sintiera más seguro para la misma tarea docente e investigadora y donde, de paso pero no con menor relevancia, pudiese asegurar algún puesto para sus alumnos más cercanos. Respecto a sus tentativas en Italia me comentó alguna vez que en cada ocasión en la que viajaba a este país se encontraba en sus gestiones, dada la siempre inestable política italiana, con interlocutores nuevos y que así no había modo de llevar adelante un proyecto semejante, que tropezaba siempre con el grave problema de su financiación y su quizás problemática dependencia de alguna universidad. Esta pretensión no podía menos de chocar, como casi era de prever, con aparatos burocráticos siempre engorrosos y entre los que él no se movía con comodidad. Soñaba posiblemente con un centro que en cierto modo fuese una continuación del que regentó en el Birkbeck tiempo atrás. Y es que sus años más lucidos y seguramente más provechosos para el estudio del mundo antiguo y la docencia fueron los del Birkbeck, una institución con su larga y particular historia. Fundado en 1823 como escuela para las clases trabajadoras por George Birkbeck, respondió al lema de este benefactor de que su época era "the time for the universal benefits of the blessings of knowledge". Y, para escándalo de muchos, solo siete años más tarde fue uno de los primeros colleges británicos en admitir a mujeres entre sus estudiantes, siendo a la vez el lugar idóneo para un alumnado que se veía obligado a compartir estudio y trabajo. En 1920 pasó a formar parte de la University of London. Y, si en la larga y brillante historia del Birkbeck el Classics Research Centre no fue sin

duda muy destacado entre las disciplinas impartidas, muchas con alta investigación incluida, todavía hoy, junto con Historia y Arqueología, sus restos forman parte de un variopinto Department de su Faculty of Arts, donde se elaboran Tesis Doctorales sobre temática clásica, si bien nuestra impresión es que dominan la historia social y la arqueología más que la filología. Lo que, de algún modo, nos lleva a dudar de que pueda persistir alguna destacada huella de la herencia de los tiempos de Giangrande.

Allí, en el Birkbeck, dirigió un cierto número de tesis doctorales y enseñó sus métodos, aplicados con la mayor frecuencia y brillantez a la poesía helenística, el conjunto de textos que seguramente era el más fértil campo para un tratamiento crítico como el suyo. Fue también allí donde tuvo su pequeño pero más influyente feudo. Al Birkbeck acudieron por aquellos años bastantes doctorandos llegados de muy diferentes lugares de Europa, muchos recomendados por amigos y colegas e ilusionados sin duda por la reputación creciente del maestro y el compartido interés por el ámbito literario helenístico. También indiscutiblemente porque Giangrande fomentó el crecimiento de una biblioteca muy especializada, sobre la base, por ejemplo, de reclamar personal y amistosamente ejemplares de libros, o, si esto no era factible, en fotocopias. Por lo que no era raro verle cargar en el curso de sus muchos viajes con maletas abarrotadas de separatas y volúmenes de publicaciones ajenas. En esas tesis doctorales se aplicaba la metodología del maestro, convertida progresivamente en una herramienta de trabajo que quien se acercaba a él sabía perfectamente, o aprendía con prontitud, que era rigurosa y, ¿por qué no decirlo?, bastante intransigente. Pero al tiempo también se sabe que gracias a la amistosa actitud de Giangrande el Birkbeck fue por aquellos años y hasta 1989 un lugar ejemplarmente hospitalario, donde era fácil no solo aprender sino echar raíces personales. Porque, además de erudito y concienzudo crítico, para los que lo tratamos durante años y en diversas ocasiones incluso con cierta intimidación Giangrande era un hombre muy familiar y afable. Un Giangrande muy diferente del de la lucha filológica, porque, para él, la investigación era una pugna personal, no un empeño desapasionado.

Giangrande era hombre inquieto y enérgico, con una curiosidad siempre activa. Su aventura de Sassari, ya jubilado, y tantas otras frustradas lo demuestran. Era un conferenciante vivaz y elegante, que nunca decepcionaba. Conversador infatigable y respetuoso, exhibía en los ambientes propicios una actitud amigable, muy de agradecer sobre todo para quienes lo conocimos aún relativamente jóvenes y siendo él ya de cierta edad. En España en concreto era frecuente que se le invitase repetidamente por parte de colegas que se enorgullecían de esa excelente relación y universidades como las de Oviedo, Cádiz, Murcia, Valladolid o Sevilla lo vieron y escucharon repetidamente, sin que fueran un hecho menor, junto al peso de su ciencia y su facilidad para comunicarla, las perdurables amistades que fomentaba en ellas. Y revistas como *Emerita*, *Habis*, *Minerva*, *Veleia* o *Myrtia* se honraron habitualmente con sus artículos y reseñas. Sin que deba dejar de mencionarse que era corriente que en estas publicaciones no fuese en absoluto raro que emplease el castellano, no solo por deferencia sino porque con los años llegó a expresarse con cierta soltura, incluso por escrito, en nuestra lengua. Y es que Giangrande fue desde la adolescencia un excelente políglota. Hablaba con soltura y escribía en varias lenguas. Su propio hijo Paul recordaba recientemente, como testimonio en ocasión de su fallecimiento el periódico local *Herts and Essex Observer* (3 de julio), que “he could write in not only Italian and English but also Spanish, German and French, and he published in any of those languages”. No sé si como simple broma contaba que había sido educado como los nobles rusos de antaño, con institutrices que sucesivamente le iban enseñando sus correspondientes lenguas. El castellano fue, sin embargo, una adquisición relativamente tardía para él, pero, con su desparpajo sureño, no tenía empacho alguno en mezclarlo eventualmente, pero cada vez menos, con el italiano. Pues se esforzó en mejorarlo con el tiempo y de ahí que con creciente frecuencia re-



dactara sus artículos en español, casi siempre, debe añadirse, con la ayuda de algún buen amigo que le hiciese la oportuna revisión final. En el caso de *Habis* puedo dar fe de esto último, ya que fui, encantado, su corrector habitual.

Viajero empedernido, hombre dotado para las relaciones públicas a las que aplicaba su buen humor y su entusiasmo, también entraba en sus hábitos la pequeña vanidad de coleccionar doctorados *honoris causa* y otros premios con un empeño quizás digno de mejores motivos: en un apresurado recuento y fiándonos sólo de la memoria, era miembro del Φιλολογικός Σύλλογος Παρνασσός de Atenas y *doctor honoris causa* al menos por las universidades de Urbino, Atenas y del Peloponeso (Kalamata). Puedo atestiguar cuánto, entre bromas y veras, me insistió para que le promoviera el de la Universidad de Sevilla, como me consta que hizo en otras y con los mismos procedimientos. Siempre le alegué con toda franqueza que no me dedicaba a esos menesteres de la alta política académica y que, además, incluso de haberlo intentado, tenía muy escaso peso en esa Universidad como para que cualquier gestión en este sentido concreto tuviera el mínimo éxito. Pero él olvidaba mis razones y al poco tiempo volvía a insistir. Según me dijo más de una vez, y esto respondía a su modo de entender el mundo pero en absoluto a la realidad, yo debía ser, en el ámbito de los estudios de Clásicas, una especie de virrey del Sur de España, con largos e influyentes tentáculos. Y todo porque tenía algunos antiguos alumnos entre el personal docente de varias universidades andaluzas y viajé con él en alguna ocasión de una a otra, pudiendo él observar el aprecio en que determinados profesores me tenían. Por todo ello me veía como una especie de cabeza de una potente y nutrida escuela, lo que siempre estuvo muy lejos de la realidad. Quizás imaginaba que mi caso era en cierto modo como el suyo, puesto que él sí pudo y supo aglutinar en torno a su persona y a su quehacer filológico una escuela, cuya fibra principal fue una fidelidad a sus criterios en el modo de enfocar las tareas del filólogo clásico y puede que aún más, como ha ocurrido en tantas otras escuelas, el respeto en ocasiones reverencial a los atractivos de la propia personalidad del maestro. Porque, aparte de mantener unos principios propios de carácter doctrinal, expresados de un modo disperso pero firme en sus publicaciones, Giangrande tenía y acrecentó con los años unos rasgos de conducta, fácilmente perceptibles en el trato, que, si bien no para todos, le granjeaban una simpatía muy contagiosa. Si hiciéramos caso de los tópicos, podríamos caer en la tentación de expresar esta atracción como basada en un carácter espontáneo y cordial muy mediterráneo. Con él se creaban rápida y fácilmente lazos de amistad, lo que quizás, en esa misma línea interpretativa, pudiera deberse a esa extracción sureña, vitalista y emotiva. Y, si queremos acumular un argumento más a esa perspectiva biográfica, el que buena parte de sus discípulos y seguidores procediesen también de los países mediterráneos puede que no respondiese del todo al azar. Pues en un sentido amplio, con todas las excepciones que se desee, sus mejores amigos, el mayor número de admiradores, sería por cercanía étnica, quizás más aún por afinidades de temperamento, estaban en países como España, Italia o Grecia. Mucho menos en los de habla inglesa, lo que no es sorprendente. Y él contribuyó como pocos a elevar el nivel de una filología clásica de extracción precisamente sureña frente al desdén mostrado hacia ella por algunos profesionales de origen anglogermánico.

Otra de sus pequeñas y hasta cierto punto inocentes vanidades fue la de atribuirse el mérito, por ejemplo, de la idea de editar los textos griegos en volúmenes separados y con un nutrido comentario, lo que sí fue más cierto en el caso concreto de obras como los himnos de Calímaco. Las ediciones separadas, y baste citar las de las tragedias griegas conservadas, tenían ya una larga historia cuando él propuso a algunos alumnos, en sus mejores años del Birkbeck College, el hacer lo propio con un poeta nada fácil como es el cirenaico. Pero lo importante es que el resultado fue bueno y este merecimiento concreto le es debido. Como el estimular otros muchos estudios particulares o el fundar colecciones de monografías o la revista *Corolla Londiniensis*. Y siempre con el inestimable y amisto-

so apoyo de los editores Gieben y Hakkert. Y seguramente influyó también en la planificación, en el contexto del I Convegno plutarquiano de Roma (1985), de una nueva y ambiciosa edición crítica de los *Moralia*, auspiciada por la International Plutarch Society y bajo la dirección de I. Gallo y R. Laurenti, en volúmenes también separados con comentario y traducción. Una colección dentro de la que tomó a su cargo la elaboración del volumen correspondiente a las *Amatoriae narrationes*.

Ahora bien, Giangrande tenía la misma facilidad para hacer amigos que para ganarse enemigos. Y, siguiendo una vez más los tópicos, era tan amigo de unos como acérrimo hostigador de los otros. Sus publicaciones pueden dar testimonio indiscutible de la dureza de sus críticas, así como del lenguaje empleado en ellas, que no era raro que conformase un florilegio falto de contemplaciones. Y sus más afilados ataques, si no me equivoco en mis recuerdos, los dirigió contra filólogos británicos y norteamericanos. De estos últimos opinaba simple y reiteradamente que no leían griego, sino que se servían de traducciones. Llamar tonto o ignorante a cualquier más o menos reputado filólogo era una de sus más suaves descalificaciones. De ahí que, aunque la larga lista de sus artículos sea siempre expresiva al respecto, si se desea conocer precisamente su vivo genio y su personal modo de entender las relaciones entre colegas, deba atenderse de modo muy especial a sus reseñas. Así que, cuando nos anunciaba un nuevo artículo y, en particular, una reseña para *Habis*, siempre, recuerdo, como director de la sección filológica durante bastantes años insistía en recomendarle mesura en la expresión de sus desacuerdos y más de una vez, por supuesto con su permiso, cambié calificaciones demasiado recias por otras menos duras. No debe sorprender, por tanto, que concitara animadversiones tan activas y contumaces como las que él mismo practicaba. Pero con sus amigos era generoso, leal y entusiasta, quizás en ocasiones pesando más en su juicio el afecto que la objetividad. Sus llamadas telefónicas a los que él consideraba tales eran frecuentes, junto con alguna típica queja (“te olvidas de mí”, “no quieres venir a verme a Londres”). Y, de paso, alguna petición, en ocasiones académicamente disparatada, a favor de alguno que otro de sus alumnos más desvalidos.

La razón principal para esa adquisición de enemigos creo que estuvo, aparte de su carácter apasionado, en su empeño como duro polemista. Y es que uno de sus puntos fuertes, pero a la vez siempre arriesgado por su propia vehemencia y enconado afán de sostener sus posiciones, era la discusión científica. Y no sólo con enemigos, porque el adversario filológico era para él por lo general y en el calor de la lucha intelectual un rival a batir. Igualmente con amigos, aunque en contadas ocasiones y con mayor cuidado en las formas y guardando la debida deferencia. Y también en esto tengo mi recuerdo personal que puede servir de ejemplo. Allá por los años 1991-1992 mantuvimos ambos en la revista *Minerva* una breve batalla en torno a la interpretación de un pasaje de Apolonio de Rodas. Mi propuesta de solución era discutible sin duda y puede seguir debatiéndose, no me cuesta nada reconocerlo, pero de extrema sencillez. La suya, muy imaginativa y sostenida con argumentos, en mi opinión, poco convincentes. La polémica hubiera seguido por años, si hubiese dependido sólo de él. Menos mal que el director de *Minerva*, entonces Emilio Suárez, la zanjó llamando a ambos al orden. Para mí fue un alivio; en cambio, no sé cómo se tomó aquella decisión el amigo Giuseppe. Pero eso sí, su tono en sus dos artículos fue siempre medido y cordial: estaba claro que el antagonista en este caso no era uno de sus enemigos, sino un amigo. Y él no hay duda de que sabía distinguir.

Giangrande no fue un estudioso especialmente inclinado hacia la teoría. Ya hemos dicho que ni siquiera se impuso la tarea de sistematizar sus posiciones en un ámbito como el de la crítica textual. Seguramente para él hubiese sido una extremada rareza el imaginarse como autor de un manual, siendo una expresión corriente en su boca la de que siempre se dirigía a los *intelligentes*, a los que sabían de qué estaba hablando o sobre qué estaba escribiendo; en suma y en el sentido más restrictivo, los especialistas; de ahí, por ejemplo, su extremada concisión en las referencias y alusiones. Si repasamos sus publicaciones, salvo algún caso como el de un artículo acerca del origen de la novela griega (de 1962,

pero con ideas reiteradas en otras varias ocasiones), es muy difícil encontrar desarrollos que quepa calificar de teóricos. Lo usual en sus publicaciones era el examen de los textos, de pasajes, de términos, siempre con una concreción muy acusada. Y no porque careciese de ideas amplias: en absoluto. Solo que, porque estaban claras para él, también suponía que lo estaban para los demás. Otro resultado fue que buena parte de sus libros no fuesen sino colecciones de breves trabajos, recopilaciones de artículos nuevos o ya publicados. Incluso títulos prometedores como *Zu Sprachgebrauch, Technik und Text des Apollonios Rhodios* (1973) y *L'humour des Alexandrines* (1975) responden a opúsculos (ninguno llega a las cincuenta páginas) que son productos de un examen casuístico de textos. Y, en cuanto a la materia estudiada, su inclinación fue, ya lo hemos dicho, usualmente mayor hacia la poesía que hacia la prosa. Pues aparte de su Tesis, ya citada, y de ciertos estudios críticos sobre Plutarco, casi solo me viene a la memoria la edición ya mencionada (*Narrazioni d'amore*: 1971) de un texto de este autor, del que hice una (elogiosa, como no podía ser menos) reseña en *Habis*.

Giangrande encontró sin duda en la poesía, especialmente en la helenística y, de paso, en sus continuadores latinos, el campo más apropiado para el análisis de los textos, su transmisión y los problemas de la recta interpretación. Y su metodología tenía su punto fuerte en la defensa, a veces a ultranza, del *textus receptus*. Curiosamente, si analizamos sus publicaciones más antiguas, no siempre fue así, pero esta metodología se fue afianzando en su ánimo más con el paso de los años. Claro es que no siempre la transmisión facilita, más bien suele dificultar, esa vía tan apetecida de la lectura juzgada como preferible porque es lo que el autor *debió* escribir. Reconozco pertenecer a esa escuela y sentir casi tanto desapego como Giangrande hacia la fácil tentación de la conjetura: con ello me gané en la pluma del profesor M. L. West, uno de los campeones actuales de la posición contraria, el piropeo de ser el "Spanish admirer" de Giangrande, lo que siempre he tenido por una calificación honrosa. Y, si no se juzga fuera de lugar, me atreveré a citar como una de las escaramuzas que ponen en evidencia las razones, también en algún caso las sinrazones, de cualquiera de los dos bandos, la de la contraposición entre dos ediciones de las tardías y anónimas *Anacreónticas*, la mía (Alma Mater, 1981) y, precisamente, la de West (Teubner, 1984), con su fiel secuela todavía en la de D. A. Campbell (en Loeb, 1988). Hubo reseñas que descendieron a niveles muy desagradables por parte de uno y otro editor y colegas afines al uno y al otro. Los dos métodos, el de la pronta conjetura, muchas veces asilvestrada y caprichosa, y el del apego a la transmisión, se enfrentaron ahí, en ediciones y reseñas, del modo más vivo. Aunque Giangrande no participó personalmente en esta refriega, su nombre fue repetido como respaldo o como blanco de los disparos. Y este enfrentamiento tuvo belicosas (por no decir vengativas) consecuencias incluso años después. Por ejemplo, cuando en un curso en la Universidad a Distancia, en Madrid, los organizadores tuvieron la ingenua ocurrencia de que mi conferencia fuese presentada por el Profesor West. Menos mal que Giangrande no estuvo presente. Y no hace falta aclarar que la relación entre el conocido editor hesiódico y Giangrande fue una de las más agrias entre las que este último disfrutó a lo largo de su vida. Sea como sea y aparte de anécdotas personales, el seguimiento detallado de esta polémica puede enseñar mucho sobre el espinoso tema de cómo editar a los autores antiguos.

Efectivamente, a la vista de su extenso *curriculum*, la pregunta de cuál fue a lo largo de su vida el principal foco de atracción filológica, aquel punto en el que convergían las líneas básicas de su atención, es a todas luces ociosa: fue, como ya se ha dicho, la crítica textual. Y, si hubiera hecho falta que lo comprobase directa y personalmente, en una visita en su única compañía al Museo Arqueológico de Sevilla lo vi con claridad meridiana. Allí su interés no se centraba ni en mosaicos ni en estatuas, sino casi exclusivamente en las inscripciones, en su rápida lectura, en señalar posibles problemas de interpretación. No era un contexto cultural, histórico, las profundas problemáticas que nos arroja a los ojos una tan rica colección de pruebas físicas como esa lo que atraía su

afán indagatorio, sino los textos inscritos y su discusión. Y en general, salvadas todas las excepciones, era lo mismo que le sucedía con la cultura transmitida en papiros o códices. Por ello, el grueso de su producción y el acicate mayor que infundía en quienes se acercaban a él para aprender era ese amor, esa pasión, por la crítica textual, por el pormenor de la lectura y de la subsiguiente interpretación. Y de ahí también el que se moviese, como se ha recordado, casi por igual en los textos latinos y griegos y en los de cualquier época y género. Diría incluso, aunque pueda resultar chocante, que había en él cierta indiferencia hacia esas distancias y distinciones. Si podía sentirse especialmente atraído por la poesía helenística, creo que era porque en ella se acumulan los problemas interpretativos. Y en la crítica textual mantuvo, al menos desde que tuvo una madurez suficiente y unos criterios estables, una posición que para unos puede ser calificable de muy conservadora y para otros, entre los que me cuento, como muy rigurosa y exigente. Ese conservadurismo parte de un enorme respeto a la propia problemática de la transmisión. Pero claro es que la transmisión no es siempre, ni mucho menos, tan clara y unívoca como sería deseable. Las variantes textuales pueden formar una tropa indisciplinada. Pero también el reinado de la conjetura puede ser, con mucha frecuencia lo ha sido y sigue siéndolo, el del capricho y el empeño del crítico, del editor en imponer su visión, por no decir simplemente su voluntad personal. Casos hay en que esto está demostrado, y no hablamos sólo de la filología decimonónica. Sostener, como West (en su *Textual Criticism* de 1973), que, ante la pregunta de en qué circunstancias es legítimo apartarse de la *paradosis* proponiendo una conjetura, la crítica de esta como *innecesaria* está siempre fuera de lugar, me parece, igual que a Giangrande, una aberración. Y alegar que lo contrario no es sino prueba de ignorancia e impotencia, incluso de cinismo, ante los problemas textuales, es bendecir la arbitrariedad. Y, como he señalado en alguna ocasión, los defensores del por algunos denostado conservadurismo filológico no somos cuatro gatos desorientados y anacrónicos. Por fortuna, los vientos soplan en nuestro tiempo más bien en sentido contrario, dejada atrás la desmesurada intromisión que recibimos en herencia de otras épocas. “No se trata de que haya que defender contra viento y marea el *textus receptus*, de lo que se me ha acusado en algún momento, como si el conservadurismo en crítica textual fuese un delito del que hubiese que responder globalmente y no con la debida justificación de cada pasaje conservado, sino de defenderlo contra las tropelías de los sucesivos editores con el apoyo de una interpretación razonada”, escribimos una vez en el calor de la refriega. Pero, para terminar, bástenos recordar las muy ponderadas palabras, que ya hemos reproducido en alguna otra ocasión, del editor Francis Vian: “...À force de relire le texte, nous nous persuadons de plus en plus qu’une correction n’est bien souvent qu’un aveu d’ignorance ou du moins une solution de facilité qui peut dispenser de faire devant un texte l’effort nécessaire de compréhension... Le philologue a le devoir de se faire humble en face du texte qu’il étudie et c’est commettre un péché d’*hybris* que d’entreprendre de le récrire à sa manière, tel qu’il devrait être ou tel qu’on voudrait qu’il fût”.

Descanse en paz el espíritu inquieto del profesor Giangrande. Muchos lo recordaremos con un duradero aprecio. Si aquí no me he sujetado estrictamente al hipócrita imperativo de la máxima *de mortuis nihil nisi bonum*, es porque creo que a él tampoco le hubiese agradado que no se reconociesen entre sus virtudes y méritos algunas muy humanas imperfecciones. Y el recuerdo más vivo que conservaré de él es el de un hombre incansable, viajero y estudioso impenitente, tenaz defensor de sus ideas, familiar en su trato privado, paladín de y sabio en una ciencia de la antigüedad cada vez más en riesgo y especialmente valiosa entre nuestros tesoros heredados.

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ  
*Universidad de Sevilla*  
 mbrioso@us.es